

# Escripta

---

FORMAS DE VIVIR, FORMAS DE REPRIMIR:  
LA MEMORIA HISTÓRICA EN LAS UNIVERSIDADES  
COLOMBIANAS EN LA SEGUNDA MITAD  
DEL SIGLO XX

WAYS OF LIVING, WAYS OF REPRESSING:  
HISTORICAL MEMORY IN COLOMBIAN  
UNIVERSITIES IN THE SECOND HALF  
OF THE 20TH CENTURY

**Álvaro Acevedo Tarazona**  
[orcid.org/0000-0002-3563-9213](https://orcid.org/0000-0002-3563-9213)

**Natalia Agudelo Castañeda**  
[orcid.org/0000-0003-4305-5426](https://orcid.org/0000-0003-4305-5426)

**Andrés David Correa Lugos**  
[orcid.org/0000-0002-6477-8001](https://orcid.org/0000-0002-6477-8001)

Recepción: 2 de septiembre de 2023  
Aceptación: 9 de noviembre de 2023

Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la Licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Compartir igual (CC BY-NC-SA 4.0), que permite compartir y adaptar siempre que se cite adecuadamente la obra, no se utilice con fines comerciales y se comparta bajo las mismas condiciones que el original.

---

**FORMAS DE VIVIR, FORMAS DE REPRIMIR:  
LA MEMORIA HISTÓRICA EN LAS UNIVERSIDADES  
COLOMBIANAS EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX**

**WAYS OF LIVING, WAYS OF REPRESSING: HISTORICAL MEMORY  
IN COLOMBIAN UNIVERSITIES IN THE SECOND HALF  
OF THE 20TH CENTURY**

Álvaro Acevedo Tarazona<sup>1</sup>  
Natalia Agudelo Castañeda<sup>2</sup>  
Andrés David Correa Lugos<sup>3</sup>

**Resumen.**

Este artículo reflexiona sobre la importancia de realizar una memoria histórica que tenga en cuenta los tránsitos de la universidad en relación con el conflicto armado interno de Colombia y que comprenda su papel como espacio en el que se gestan propuestas de transformación social para el posconflicto. El texto examina tanto los usos como los abusos de la memoria a través de un diálogo con teóricos destacados, el análisis de realidades construidas mediante entrevistas a profundidad con miembros de cuatro comunidades universitarias, y la identificación de transformaciones coyunturales en la movilización estudiantil universitaria durante la segunda mitad del siglo xx. Las reflexiones apuntan a proponer la construcción de un espacio social en el cual los conflictos puedan manifestarse y desarrollarse, sin que eso conduzca a la supresión del otro.

**Palabras clave:** conflicto armado, juventud, memoria, Universidad.

---

<sup>1</sup> Universidad Industrial de Santander. Posdoctorado en Ciencias de la Educación. Correo: [tarazona20@gmail.com](mailto:tarazona20@gmail.com)

<sup>2</sup> Universidad Industrial de Santander. Candidata a doctora en Historia. Correo: [nataagudelo@utp.edu.co](mailto:nataagudelo@utp.edu.co)

<sup>3</sup> Universidad Industrial de Santander. Magíster en Historia. Correo: [andrescorrealugos@outlook.com](mailto:andrescorrealugos@outlook.com)

## **Abstract.**

This article contemplates the significance of cultivating a historical memory that encompasses the evolving roles of universities in the context of Colombia's internal armed conflict. It acknowledges the university's pivotal role as a crucible for proposals aimed at social transformation in the post-conflict era. The analysis delves into the responsible and irresponsible facets of memory, engaging in a discourse with eminent theorists, scrutinizing constructed realities through comprehensive interviews with members of four university communities, and pinpointing pivotal shifts in student mobilization throughout the latter half of the 20th century. The reflections aspire to advocate for the establishment of a social arena where conflicts can manifest and evolve without necessitating the suppression of diverse perspectives.

**Keywords:** armed conflict, youth, memory, University.

## **Introducción**

La Universidad como institución agrupa funciones visionales y misionales fundamentales para el cambio social. Este compromiso, en el caso particular de Colombia, deviene en acontecimientos políticos y de violencia que vinculan la historia de la universidad a la historia del conflicto armado nacional, en especial desde la segunda mitad del siglo XX. Sin embargo, esta relación se encuentra parcialmente analizada y remite a procesos puntuales que impiden apreciar la magnitud de los síntomas de la violencia en los claustros universitarios, empezando por la cercanía de estudiantes universitarios con ideologías y acciones emuladas por grupos alzados en armas. Esta relación, no siempre explícita y con múltiples aristas interpretativas por parte de todos los actores de este largo conflicto en Colombia, configura acciones represivas sobre los actores sociales universitarios en condición de activista, simpatizante o militante de izquierda.

Si bien el proceso de paz, producto de las conversaciones entre el ex-presidente Juan Manuel Santos y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (Farc-EP), es un acierto en materia de política

internacional, internamente deriva en un juego de consensos políticos de polarización como principal pulsión en la opinión política del país. En medio de esta dinámica, la Universidad pierde cada vez más importancia como núcleo autonómico, propositivo y reformista de la sociedad. El papel de la Universidad se ve difuminado por coyunturas violentas y políticas, así como por la apertura a una economía de mercado que desvirtúa las misiones y visiones de las instituciones, transformándolas en *pymes*<sup>4</sup> y servicios.

Debido a la actual situación, este artículo reflexiona sobre el uso de la memoria histórica y la función social en una sociedad que no ha superado el conflicto. Para ello, dialoga con importantes teóricos de la memoria social y la historiografía como Paul Ricoeur, Krzysztof Pomian y David Rieff. También demuestra historiográficamente el papel de la Universidad en el conflicto colombiano, como territorio propicio para creer en utopías y repensar la izquierda; un lugar donde convive el éxito frenético de las movilizaciones con el mutismo derrotista de las desapariciones y muertes violentas. Por último, hace una invitación a la comunidad, expertos y toda persona que tenga algo que recordar, a contribuir con la reconstrucción de la memoria social de la Universidad en el conflicto interno del país. Esto tiene que ver con la idea de que desde la aplicación de alternativas de rememoración es posible diseñar propuestas y avances para el posconflicto. Si bien hasta este momento se lleva a cabo un desarme y un posconflicto logístico, la educación para la paz es importante dentro del proceso, pues, no incluye solo el compromiso de excombatientes sino de toda la población de Colombia.

Para alcanzar el objetivo propuesto, en este artículo fue necesario recurrir al análisis de realidades construidas por los sujetos en su relación con el entorno. El enfoque histórico-hermenéutico orientó los análisis de la información recogida, dado que se buscó la comprensión, el sentido y la significación de las formas de violencia vividas en el contexto universitario desde la memoria de algunos de sus miembros.

Para llegar a conocer esas experiencias que marcaron a una generación en un contexto muy alto de represión fue imprescindible recurrir a la historia oral mediante entrevistas a profundidad. Este tipo de materiales está orientado

<sup>4</sup> Este término se refiere a las Pequeñas y Medianas Empresas.

hacia el aprendizaje sobre hechos y actividades que no pueden ser observados de manera directa, con lo que los interlocutores se convierten en una especie de informantes en el más verdadero sentido de la palabra (Taylor y Bodgan, 1987). Los participantes en las entrevistas a profundidad proporcionaron información suficiente dado que conocen a fondo el tema a tratar y pudieron dar una versión autorizada de las experiencias que narraron.

Es importante mencionar que este tipo de indagación debe lidiar con la rememoración mediada por ideas o posturas posteriores, es decir, que los actores recuerdan desde el presente asignando interpretaciones a sus experiencias pasadas, lo que se conoce como «reconstrucción retrospectiva». Teniendo en cuenta esta particularidad de la historia oral, el hecho de que los testimonios estén mediados de diferente manera no hace que sean menos útiles para el análisis, como lo menciona Iris Medellín (2016):

Habría que considerar cómo todo tipo de fuentes ha sido mediado previamente de diferentes maneras, como la forma en la que ha sido archivado, la institución que lo administra, la elección del historiador de hacerlo un documento, etc. [...] la discusión sobre las fuentes no se trata de determinar su valía en tanto presente una imagen más o menos fiel del pasado, sino en cuanto dejan ver información que resulte interesante al ser analizada. (p. 12).

Después de realizar un muestreo y selección de casos, y de establecer unos criterios base, se realizó un acercamiento con los participantes y se expusieron los objetivos del estudio. Las entrevistas realizadas fueron transcritas, sistematizadas y analizadas. En total fueron entrevistadas treinta y siete personas que hicieron parte del contexto universitario en la década de 1980, en las universidades: Nacional de Colombia, del Valle, Antioquia e Industrial de Santander. Estas son las principales universidades públicas colombianas que han tenido en común una historia de protesta y una experiencia de cogobierno universitario entre 1971 y 1972.

## Usos y abusos de la memoria

Los trabajos de memoria realizados en Colombia tienen una particularidad única: que han sido contruidos al fragor del conflicto armado. Al ser comparados con trabajos de memoria de las dos guerras mundiales, la dictadura franquista en España, de Videla en Argentina o el conflicto de los Balcanes, se podría considerar que existe urgencia por documentar lo acontecido en Colombia por tanto tiempo. Esta iniciativa hace de la disciplina que estudia la memoria del conflicto nacional una materia distinta a cualquier otra.

Ahora bien, para entender por qué es distinta, es necesario reconocer la diferencia de las otras connotaciones de memoria. El historiador franco-polaco Krzysztof Pomian, establece una revitalización de la memoria en las últimas décadas por el reconocimiento de la importancia patrimonial por parte de los Estados; primero, porque estos se posicionan como actores dinamizadores de los conflictos y, por ello, tienen una responsabilidad en la rememoración de eventualidades y acontecimientos que forjan el devenir colectivo; también, por la creciente controversia entre historiadores frente a un doloroso pasado que atañe al presente y, por último, debido al alejamiento temporal frente a los fenómenos de los cuales se pretende rememorar (Pomian, 2007, p. 172). En este mismo sentido, Ricoeur propone que la memoria no es solo un ejercicio de volver al pasado, sino también de leer desde el presente:

La memoria en este marco es el vínculo fundamental con el pasado, al igual que la esperanza es el gozne que nos une al futuro [...] Esa liberación del carácter potencial del pasado motiva que éste deje de atormentar al presente y deje de ser, como sugiere esta gráfica expresión, “el pasado que no quiere pasar”. El perdón se encuentra vinculado, en este punto, al olvido activo: no al de los *hechos*, realmente indeleble, sino al olvido de su *sentido* presente y futuro. (Ricoeur, 1999, pp. 11-13)

Esta posición frente a la memoria también es compartida por el historiador Jacques Le Goff (1977), quien afirma que: «la memoria solo busca rescatar el pasado para servir al presente y al futuro».

En este sentido, la rememoración de los acontecimientos dolosos de la sociedad es producto de una transformación económica, social y moral. Ante el aumento significativo de las lógicas de mercado que capitalizan las experiencias, las sociedades se ven en la necesidad de preservar los vestigios de lo humano como alternativa para no perderse en un universo de consumo, apariencias y virtualidad. Mucho se habla de la memoria, pero ¿qué es la memoria? Para Pomian la memoria es un fenómeno semio-físico, en otras palabras, son sistemas de signos grabados en soportes materiales. Desde esta definición la memoria no guarda ninguna diferencia con otros semióforos como la escritura o la pintura en lo referente a su sistematicidad, pero lo que sí la hace distinta es la intención de singularidad y la inexistente pretensión de ser totalizante. La memoria solo se ocupa de datar una verdad para una persona (es egocéntrica), esta facultad permite crear discursos discontinuos alimentados por la imaginación, los sueños e ilusiones del dueño del relato (Pomian, 2007, p. 176).

Si bien los usos de la memoria como faro humanizador de la historia son vitales en la investigación, esta se complejiza cuando se trata de convertir en memoria colectiva. Para Pomian la memoria colectiva no es otra cosa que un proceso de aprendizaje instaurado por relaciones de poder. Estas relaciones, posicionan a algunos individuos para preservar o transmitir desde la esfera individual a la colectiva ciertos acontecimientos (Pomian, 2007, p. 180). Sin embargo, la memoria es un factor vital para el conocimiento histórico, el cual se podría considerar como el producto de un binomio entre la memoria colectiva y el conocimiento mediato.

Tal y como se expresa a comienzos del apartado, la memoria histórica que se construye en Colombia va casi al margen del pasado-presente; esto hace que la brecha entre la historia y la memoria sea mínima (Pomian, 2007, p. 216), lo cual da pie a proyectos políticos que buscan acentuar unas cosas y olvidar otras. De acuerdo con esto, se hace imperioso buscar una conexión entre la historia y el olvido, pues solo diferenciando ambas, es posible elaborar relatos que contribuyan a clarificar el pasado sin que este responda a una agenda política.

Para el historiador David Rieff, las agendas políticas son el motor fundamental en la popularización de las memorias. La conmemoración del pasado

sustituye un referente para afianzar el destino de los Estados, es un mecanismo de lucha al olvido que seremos, pero que de alguna manera se pretende evitar. Esta necesidad de luchar contra el tiempo es la tensión entre los tiempos históricos (antropocéntricos) y los tiempos físicos o geológicos; es por esta razón que la sociedad occidental, famosa por su narcisismo, busca en la historia y la memoria el sentido de la vida que aleje el fantasma del olvido, ya lo decía Kierkegaard (Unesco, 1996) «la vida debe ser vivida en prospectiva, pero solo puede ser comprendida en retrospectiva».

Ahora bien, la colectivización de la memoria más que construir una noción del pasado, parece que se esfuerza por forjar mitos o propagandas políticas. En esta particularidad necesita de la Historia, entendida como la disciplina académica de propiedades críticas de las que se emanan reflexiones, que, a pesar de que son útiles para la sociedad, no pretenden ser instructivas (Rieff, 2017, p. 37). La pretensión de la memoria como instructiva se remonta a la noción de considerarla como un constructo social. Esta noción aparece en la década de 1920, cuando el sociólogo Maurice Halbwachs, entiende la memoria como un proceso de reconstrucción del pasado a la luz del presente; para llegar a esta conclusión analiza a los veteranos de la Primera Guerra Mundial y concluye: «la conciencia colectiva aplicada a la memoria resulta en memoria colectiva, recuerdos que, a su vez, moldean los grupos sociales, las generaciones y las naciones, y constituyen una identidad» (Halbwachs, 1968, pp. 209-219).

Vale señalar que, la investigación de Halbwachs no es bien recibida entre algunos círculos de la memoria, pues afirma que al tiempo que los grupos construyen su pasado, lo deforman. Sin embargo, no alcanzó a demostrar por qué algunas de estas «reconstrucciones» pueden ser perjudiciales para el carácter moral de un Estado, al estar relativizadas por la alimentación continua de fuentes colectivas sostenidas por atrezos sociales y morales. En otras palabras, la moralidad de dichas fuentes está permeada y los recuerdos son maleables.



## **Encuentros del movimiento estudiantil colombiano con la historia del tiempo presente**

El conflicto en Colombia no ha sido estático, ha atrasado distintas fases en sincronía con los periodos históricos. En la primera mitad del siglo xx la violencia irrumpe en la cotidianidad colombiana con un argumento político que polariza a la sociedad entre liberales y conservadores; esta dinámica tiene su epítome con el asesinato del político liberal Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril de 1948. Este acontecimiento dictamina el inicio de una violencia sistemática y política, que anida en la cotidianidad colombiana y deja como saldo miles de muertes, el surgimiento de las primeras guerrillas liberales y un desplazamiento masivo del campo a la ciudad. El deterioro institucional y el estancamiento tecnológico hace que para el año de 1958 se busque una alternativa política que ponga fin a la polarización entre liberales y conservadores; lo que dio como resultado el pacto llamado «Frente Nacional», con el cual se trata de conciliar la polarización del país, pero solo contribuye a una división sectorial de las relaciones de poder en la política, e impone el silencio a una enorme mayoría que no es representada con una división ideológica binaria del poder. La escasa representación de quienes no se consideran ni liberales o conservadores, dejó maltrecha la imagen de la oposición, la cual es perseguida por ambos partidos y eliminada; el mensaje es claro: cualquier lógica fuera del bipartidismo debe ser combatida y exterminada.

Ahora bien, la represión sistemática no es un síntoma exclusivamente colombiano, hay una estrecha sincronía entre lo que pasa en el país y la agenda geopolítica de la Guerra Fría. Estados Unidos vio con preocupación las reivindicaciones contraculturales y el afianzamiento de los discursos comunistas en Latinoamérica. Desde luego, en regiones históricamente marcadas por la desigualdad social una promesa de mejoría a las clases menos favorecidas es tomada como una nueva esperanza casi religiosa. La promesa de revolución planetaria causa revuelo en las juventudes colombianas, ante la posibilidad de generar un cambio por medio de la revolución, las ideas comunistas de tipo foquista, marxista, leninista y maoísta emergen en las universidades colombianas y captan la atención de la mayoría de los estudiantes.

Casi en sincronía con la rebeldía universitaria, las agrupaciones guerrilleras renuevan su pensamiento liberal y migran hacia formas de lucha inspiradas en teorías comunistas, tanto estudiantes como guerrilleros son rebeldes, con lógicas antisistémicas sustentadas en la perturbación del orden público como herramienta para visibilizar las problemáticas del país. El estudiantado reconoce que la Universidad es una fiel representación a pequeña escala de la sociedad colombiana, por ello, emprende una serie de reformas en búsqueda de una universidad autónoma, científica y de masas que contraste con la sociedad dogmática, jerarquizada y desigual (Acevedo y Correa, 2018, pp. 53-66).

El tránsito de ideas de la ciudad al campo es multidireccional. El 4 de julio de 1964 es fundado el Ejército de Liberación Nacional (ELN), en las montañas de San Vicente de Chucurí (Santander), seis meses después el grupo armado hace público el Manifiesto de Simacota, declaración programática en la que expresa el camino para la transformación del país a partir de trabajos de base con campesinos, obreros y estudiantes alzados en armas. No es coincidencia que algunos de los principales líderes del ELN dejen sus estudios de bachillerato y otros sus programas en la Universidad Industrial de Santander e ingresen en las filas guerrilleras. Desde entonces, algunos sectores de la movilización estudiantil están asociados con organizaciones guerrilleras porque comparten un pensamiento utópico antisistémico, claramente con algunas bifurcaciones, por ejemplo, el movimiento estudiantil sustenta su lucha en el enriquecimiento discursivo y teórico, mientras que las guerrillas por las condiciones geográficas en las que están y las personas que las componen tienden a ser más pragmáticas.

Si bien la violencia hace parte de los repertorios de las acciones colectivas del movimiento estudiantil, las acciones en general están relacionadas con las oportunidades políticas y las estructuras de movilización (Errázuriz, 2009, p. 2), es decir, las formas de protesta están configuradas de acuerdo con el momento político, los ideales del movimiento y al proceso que sigue para lograr sus objetivos. El potencial de los movimientos, según Errázuriz (2009), debe estudiarse a partir de los significados compartidos y los conceptos por medio de los cuales las personas tienden a definir su situación, y esto, en el caso de los años sesenta y setenta del siglo pasado, tiene relación con la utopía antisistémica.

El año 1968 es el punto de inflexión en la historia que trasciende las pretensiones de rebeldía planetaria a un plano de visibilización mediática sin precedentes, se da forma a un movimiento antisistémico:

Por definición, un movimiento es antisistémico precisamente porque plantea que ni la libertad ni la igualdad pueden ser realidad dentro del sistema existente, y que por lo tanto es necesario transformar completamente el mundo para que exista esa libertad y esa igualdad [...] Por su parte, los movimientos antisistémicos del tercer mundo tienen un tipo totalmente diverso de preocupaciones. Lo que ellos han puesto en cuestión, por encima de todo, es la asimilación cultural de los valores “universalistas” del Occidente. (Wallerstein, 2008, pp. 62-70).

En general, los movimientos antisistémicos en Colombia optaron por la consumación de todas las formas de lucha; sin embargo, el movimiento estudiantil logró mantener un equilibrio que reposa en una base teórica y discursiva. Ahora bien, esta preponderancia del movimiento convierte a las universidades en invernaderos ideológicos dotados por personajes que hacen de la universidad y la protesta, su vida. La Universidad se convierte en el trampolín revolucionario en el que florecen el amor, el arte y una promesa de cambio.

Estos tiempos de preparación para la revolución no durarían lo suficiente, el corto aliento del 68 para el mundo y de los primeros años de la década de 1970 para Colombia, son sustituidos por una época de confusión, incertidumbre y desconcierto paranoide (Wallerstein, 2008, p. 76). La paranoia por el control y el juego del poder hace que los gobiernos conciban al estudiantado, los activistas políticos y los militantes de izquierda como integrantes de guerrillas que buscan desestabilizar el *establishment*. La salida rápida y expedita contra la oposición y la crítica, deriva en políticas de seguridad nacional que persiguen, castigan y reprimen cualquier forma de manifestación o divulgación de ideologías comunistas. El Estatuto de Seguridad promulgado en 1978 por el entonces presidente, Julio César Turbay Ayala, fue orientado a partir de cartillas norteamericanas contra el «enemigo interno», es así, materializó la represión callejera, el espionaje dentro de las universidades y las bombas ideológicas a la prensa y los medios de comunicación.

El Estatuto de Seguridad representó la llegada de la guerra contra el comunismo a la ciudad, es por su llegada a los centros urbanos que el movimiento estudiantil es silenciado con la violencia y el terror. La asociación del estudiantado con los guerrilleros, sin importar a qué grupo político pertenecieran, contribuyó al recelo y la desaprobación de la comunidad. Ser estudiante en esa época era garantía de señalamiento y de pasar noches en calabozos sin razón alguna. En las décadas de 1970 y 1980 la visión del estudiantado como amenaza a la institucionalidad afectó la autoridad y el trato con los estudiantes:

La autoridad represora actúa sobre el movimiento estudiantil (entendido como cuerpo), como una herida o una enfermedad sobre un cuerpo físico. La violencia ejercida sobre el cuerpo genera diversas reacciones en éste, puede provocar la muerte, puede cicatrizar o aumentar el sistema inmune. En este sentido, la represión se utiliza para acabar con la contestación, es decir, para acabar con el movimiento estudiantil, pero las consecuencias de la represión sobre este son, muchas veces, impredecibles. (Errázuriz, 2009, p.2)

Del mismo modo, Sidney Tarrow (2004) afirma que los estados autoritarios siempre intentan desincentivar los movimientos sociales, pero la represión tiene consecuencias inestables, las cuales pueden variar desde el incremento de estas hasta el afianzamiento de una revolución o la desaparición de los grupos que las integran. En la década de 1980 el movimiento estudiantil pasa por una reestructuración de sus intereses a corto, mediano y largo plazo, así como un relevo generacional a grupos más homogéneos que protestan por las arremetidas violentas y la represión por parte de las fuerzas del orden y otras nuevas fuerzas ilegales (Archila, 2006, pp. 10-32).

En este nuevo escenario, los dineros del narcotráfico crean ejércitos privados con el objetivo de exterminar de forma expedita e ilegal militantes de izquierda y líderes comunistas dentro de las universidades, grupos ilegales como Muerte A Secuestradores (MAS) se encargan de generar terror en las calles, mientras que la prensa narra con escabrosos detalles cómo aparecen cadáveres torturados por el simple hecho de pertenecer a grupos políticos de izquierda (Pécaut, 2013).

A raíz de dichas iniciativas, el relevo generacional pierde interés en la lucha guerrillera, la sincronía entre ambas comienza a distanciarse, por su parte, dentro de las universidades aparece un nuevo objetivo por la protección y garantía de los derechos humanos, en especial, el derecho a la vida. Las peticiones del estudiantado van de la mano con la realidad social que se desenvuelve entre carros bomba, sicariato e intimidaciones psicológicas, verbales y físicas por parte de grupos ilegales como «La Mano Negra».

Probablemente el débil registro investigativo sobre esta década se deba al constreñimiento físico que sufre la movilización estudiantil y la cercanía latente que existe aún. Pese a ello, es necesario analizar la manera cómo la represión tiene efectos sobre el deseo de transformación social de la juventud universitaria y cómo disminuye la capacidad asociativa de grupos en procurar la transformación social y política del país. También es importante tener en cuenta que las actuaciones de los grupos subversivos se dirigen por caminos muy distintos a los originales. Por último, es necesario comprender que el nuevo escenario global de la geopolítica influye en las concepciones revolucionarias, en especial, la caída de la Unión Soviética.

La crisis social de violencia privada, estatal y antisistémica de Colombia deriva la protesta social hacia nuevas modalidades, como es la emergencia de los movimientos cívicos. Desde finales de la década de 1980 e inicios de 1990, las crisis económicas agudizan la protesta en sectores populares, la violencia rampante y la carestía de la canasta familiar; sumado a las tendencias neoliberales del gobierno, lleva al despertar de la indignación por parte de la población y el estudiantado universitario. Sumado a este clima de violencia y austeridad, aparece en forma paralela un enriquecimiento exponencial del narcotráfico que amenaza con acabar la institucionalidad. La pérdida de los valores democráticos y el afianzamiento de la narco-cultura y su propuesta de la vida fácil representa un reto para las universidades y su objetivo del cambio social por medio de la educación, solo una reforma institucional de gran envergadura puede mejorar la situación. Es entonces cuando las juventudes universitarias proponen acciones colectivas con un fin trascendental en la historia de Colombia, una nueva Constitución que propugne un Estado social de derecho y

abra un espectro político para la oposición, el pensamiento heterogéneo y los derechos ambientales, colectivos y humanos.

La Constitución Política de 1991 es el avance social más grande del siglo xx para Colombia, pues comprende que parte de la violencia exacerbada de medio siglo es producto del trato poco inteligente hacia las opiniones distintas y la oposición; esta Constitución resultado de un proceso de dejación de armas por parte del Movimiento 19 de abril (M-19), demuestra que muchas veces la conciliación es la mejor forma para conservar el *statu quo*, es decir, favorecer a las élites. A partir de este momento, las formas de acción colectiva cambian sustancialmente, se podría inferir que inician los nuevos movimientos sociales con formas de participación social ya existentes, entre ellas el voto y la oposición a partir del control político (Negri, 2006).

Entre los compromisos de la nueva constitucionalidad está el garantizar que la figura del estado de excepción no sea usada como herramienta de control político, sino como salvaguarda institucional. Esta iniciativa es un compromiso para la oposición al garantizar el fin de la carta blanca a militares para hacer juicios y condenar personas de manera exprés. Los intentos por garantizar el fin al conflicto y de una vez por todas avanzar en la modernización económica del país se dan con los procesos de paz con las Farc-EP, el Ejército Popular de Liberación (EPL) y el ELN, en Caracas, y luego en Tlaxcala, México en 1992; pero estas negociaciones resultan fallidas y derivan en un recrudecimiento de las acciones guerrilleras en lo que denominan la «guerra neoliberal» en todo el país. A estas alturas para nadie es un secreto que las guerrillas están inmersas en el tráfico de cocaína, la política antidrogas de Estados Unidos no ve con buenos ojos el aumento de los cultivos ilícitos y pone en marcha una iniciativa intervencionista en el país.

Ante la salida en falso del presidente Andrés Pastrana en la negociación con las guerrillas de las Farc en El Caguán, el Congreso de Estados Unidos aprueba un «Plan Marshall» para Colombia. Este acuerdo busca la modernización tecnológica de las fuerzas militares para así combatir el narcotráfico y los grupos guerrilleros. En las universidades este acuerdo no es visto con buenos ojos, pues, consideran que la llegada de gruesas sumas de dinero compromete la soberanía del Estado y compra las políticas gubernamentales en



torno a un fin foráneo (Mosquera, 2001). A pesar de las protestas y el rechazo de algunos expertos, llega la misma tecnología usada por Estados Unidos en operaciones como Tormenta del Desierto:<sup>5</sup> los medios de comunicación hablan de aviones fantasmas que no dan abasto y bombardean a los guerrilleros cuando estos realizan las tomas a los pueblos, con la precisión milimétrica de sensores infrarrojos (Bolaños, 2016). Es una guerra moderna por causas antiguas.

Para el año 2002 cuando llega Álvaro Uribe Vélez a la presidencia, la protesta y movilización estudiantil está muy distanciada del accionar de la guerrilla, primero, porque dicha forma de revolución ya solo se basaba en las armas y en lógicas que no correspondían con los ideales que motivaron su conformación; segundo, porque el trabajo que realiza dicho gobierno para aumentar la represión e incrementar el rechazo social generalizado a las guerrillas tildándolas de terroristas, motiva, entre otras razones, el rompimiento de la protesta estudiantil con la lucha guerrillera como posible solución a los problemas del país. Esto produce un sinsabor en el movimiento y una desorientación, pues el autoritarismo propio de este gobierno no le permite movilizarse tranquilamente los señalamientos que ponían en riesgo vidas desincentivaron cualquier forma de movilización social.

El poeta William Yeats (1916) escribe «un sacrificio demasiado largo puede tornar en piedra el corazón», y esto podría resumir la postura de la ciudadanía hacia el conflicto en Colombia. En los albores del siglo XXI la población está cansada de la guerra por parte de las guerrillas, las universidades están con afugias presupuestales y el panorama es poco prometedor. La propuesta de Álvaro Uribe de combatir con fiereza los grupos armados es compartida por la población; sin embargo, las universidades sienten un recrudecimiento de la represión y de un fenómeno nunca antes visto, la incursión de cúpulas paramilitares dentro de los consejos universitarios, casos como el sucedido en la Universidad Popular del Cesar, donde cúpulas de paramilitares del Bloque Norte ordenan el aumento de las matrículas pues esta era la caja menor de

---

<sup>5</sup> La Operación Tormenta del Desierto fue un plan de ataque en dos fases llevado a cabo por Estados Unidos (bajo la presidencia de George Bush —padre—) y otras treinta y cuatro naciones, con el apoyo del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, en el marco de la invasión de Irak a Kuwait, iniciada el 2 de agosto de 1990, con el propósito de liberar el territorio.

«Jorge 40»; es el mismo bloque pero ahora en la Universidad del Atlántico, donde amenaza a más de ochocientos sindicalistas, mata veinte estudiantes y diecisiete profesores:

Siguen los casos de profesores de la universidad pública que se oponían a la gestión de rectores impuestos por Castaño y Mancuso fueran asesinados como ejemplo para todos aquellos que protestaban en los corredores y plazas del primer centro de educación superior del departamento. Por decir que las directivas de la universidad debían escogerse democráticamente, es decir, por elecciones internas, las balas acabaron una tarde con la vida del profesor Francisco Aguilar Madera. Un año más tarde los mismos pistoleros acribillaron a Alberto Alzate Patiño y, poco después, una ráfaga de ametralladora cegó la vida de Misael Díaz Urzola porque expresó abiertamente que los representantes de los estudiantes ante los distintos estamentos de la universidad debían escogerse mediante elección popular y no a dedo. (Robles, 2014).

En el resto de las universidades colombianas este clima de incursión del paramilitarismo se traduce en una disminución de las protestas estudiantiles y planes pistola contra líderes estudiantiles y profesores en todo el país. Aunado a este clima de tensión, aparecen los proyectos que buscan privatizar las universidades públicas o desfinanciarlas de manera progresiva. Con la llegada de Juan Manuel Santos a la presidencia, la lógica represiva es desmontada paulatinamente y se reactiva la movilización popular en todo el país con acciones colectivas creativas y propositivas, como las que emergieron en el año 2011 en Colombia, a propósito de un contexto de indignación globalizada.

Un momento trascendental para la movilización estudiantil colombiana del siglo XXI es el año 2011. En sintonía con jóvenes de todo el mundo y como una reminiscencia de 1968, estudiantes universitarios colombianos protestan por distintas problemáticas sociales, entre ellas, la educación, la cual está siendo amenazada por la propuesta de reforma a la Ley 30 de Educación Superior de 1992, que busca modificar el sistema de financiamiento de la universidad (Acevedo y Correa, 2015, pp. 40-55). En Colombia como en otros países de América Latina, el riesgo de hacer de la educación superior un negocio privado,



lleva al estudiantado a generar innumerables movilizaciones sociales hasta lograr la caída de dicho intento de reforma.

En el curso de los dos periodos presidenciales de Juan Manuel Santos, se presentan movilizaciones importantes en las que participan estudiantes, la defensa del medio ambiente y del agua lleva a jóvenes universitarios a solidarizarse con los movimientos ambientalistas, al igual que con los paperos en el paro campesino o con los derechos cívicos y de la Internet. En el año 2016, los estudiantes se movilizan pacífica y creativamente para defender el fin del conflicto armado en Colombia sobre la base de apoyar el acuerdo de paz logrado entre el gobierno de Santos y las Farc-EP. En este sucinto recorrido se puede dilucidar una transición de la movilización y protesta estudiantil, desde su apoyo a la utopía antisistémica en los años sesenta y setenta, pasando por su repliegue ante la represión estatal y de actores armados del paramilitarismo hasta su rechazo a la vía armada para la transformación social, postulando su apoyo a la paz como uno de los escenarios esenciales para construir una sociedad en libertad e igualdad.

## **Hacer memoria histórica del movimiento estudiantil en Colombia**

La Universidad propone cambios para la sociedad, pues una de sus tareas fundamentales es crear un pensamiento crítico y propositivo. El estudiantado universitario colombiano como activista, simpatizante político o militante se ha configurado también en un actor social a lo largo del conflicto colombiano, un actor que ejerce acciones violentas y no-violentas, pero también ejercen sobre él diversas topologías violentas. La historia de los claustros universitarios está llena de estudiantes asesinados en medio de las protestas, desaparecidos por fuerzas paraestatales, señalados por sus posturas ideológicas, reprimidos, condenados al exilio o históricamente olvidados.

Ante la implementación del Acuerdo de Paz firmado entre el gobierno de Juan Manuel Santos y las Farc-EP en el año 2016, y la instalación de la Mesa de Negociaciones con el ELN en Quito, Ecuador, el trabajo y compromiso al que se enfrenta Colombia con la memoria histórica es cada vez más grande.

Conocer el devenir de la movilización estudiantil y sus consecuencias hace parte de ello, pues, si bien por mucho tiempo el papel de las juventudes universitarias en el conflicto colombiano ha sido obviado o desconocido, es a partir de la Universidad donde emergen los descontentos, ideas de cambio y acciones transformadoras para construir una paz perdurable en el país.

La sociedad colombiana requiere con urgencia el soporte que le permita conducir por el camino de la reconciliación, el perdón y la memoria como requisito para construir una sociedad del posconflicto. En ese sentido, la Universidad debe ser entendida no solo como un claustro académico jerarquizado y estructurado donde se brindan programas académicos como apuestas al mercado laboral y profesional colombiano, sino también como el espacio propicio para la interrelación, la construcción temprana del ciudadano en su etapa más propositiva, conflictiva y soñadora, e igualmente como un espacio que permite la confluencia de ideologías y aspiraciones.

La memoria histórica se presenta como la posibilidad de reconstruir el pasado desde los sentidos del presente. En esta tiene especial importancia comprender la utopía antisistémica como propuesta y soporte ideológico del estudiantado durante tres décadas, con todos los efectos de la represión sobre este. Tras el sueño utópico de los estudiantes estaba construir un país más incluyente y democrático. El historiador Mauricio Archila reconoce que los discursos radicales de algunos sectores del estudiantado, los cuales estaban alineados con la izquierda del momento, los alejó parcialmente del pueblo con el que querían hacer el anhelado cambio, asunto que hizo que hubiese una crisis organizativa y una dispersión en su acción sociopolítica. De igual forma, el Estado, la sociedad y los grupos insurgentes fueron responsables al querer destruir o criminalizar a las organizaciones estudiantiles en aras de apagar su protesta (Archila, 2012, p. 96).

Dentro del marco de investigaciones realizadas hasta el momento sobre el devenir colectivo de la protesta y la movilización estudiantil en Colombia, es necesario realizar una pesquisa importante entre los años 1975 y 1990. Para este largo periodo la cantidad de información de periódicos, fuente oral y archivo no es comparable a la que se tiene sobre los años sesenta y setenta. Es muy importante conocer lo sucedido en los años ochenta y noventa entre represiones

y la llegada de la globalización y del pensamiento neoliberal, como algunos de los factores que permiten dar una nueva mirada del país desde la óptica universitaria, por ejemplo, la modificación de las exigencias del cogobierno y autonomía universitaria de los años setenta por manifestaciones pacíficas de índole social en los años ochenta, con peticiones, por ejemplo, de mejora a los bienestar universitarios.

En el largo conflicto colombiano, el estudiantado no tiene una relevancia significativa en la memoria social, ya que no se considera una víctima ni quiere revictimizarse. La memoria es una respuesta a la cotidianidad de la guerra y al silencio que se quiere imponer sobre muchas víctimas. «Se ha convertido en un instrumento para asumir o confrontar el conflicto, o para ventilarlo en la escena pública» (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2013, p. 13). Al reconstruir la memoria se comprende aún más el conflicto en Colombia y se da forma a verdades de este.

El deber de los profesionales de la memoria consiste en luchar contra la normalización de la violencia y el conflicto, como respuesta freudiana que impide contrastar los recuerdos de aquello que las personas han vivido y no han contado (Ricoeur, 2004). «Detrás del problema del olvido se encuentra el miedo y, en ocasiones, una especie de terror ante lo que Aristóteles llama el carácter destructor del tiempo» (Ricoeur, 2004, p.13). Más de cinco décadas de violencia en Colombia complejizan los actores sociales del conflicto hasta el punto de relativizar a los culpables. Con el tiempo, la relación de los actores del conflicto con ese pasado, en este caso estudiantes, se vuelve en ocasiones difuso, por tanto, es deber de la investigación guardar la fidelidad que se vincula a la intencionalidad de la memoria en cuanto guardián de la profundidad del tiempo y de la distancia temporal (Ricoeur, 2004, p. 82).

De acuerdo con el Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH), las personas que acceden a contar sus experiencias revelan la crueldad de los perpetradores y devela los quiebres éticos de esta sociedad, incluidos sus gobernantes y ciudadanos (CNMH, 2013, p. 25). Cuando una persona se convierte en la voz de la memoria, desentraña su propia verdad en medio del conflicto, se convierte en el protagonista de su propia historia y contribuye a descifrar el rompecabezas de la violencia en Colombia. Los actores sociales participan de su propia reparación

mediante la memoria, es agente social que desafía el poder, que reclama y reivindica, y que desde ese lugar no solo sobrevive y se rescata a sí misma, sino que transforma y construye una nueva sociedad (CNMH, 2013, p. 28).

De manera que la memoria constituye por sí sola un criterio de la identidad personal. Es el presente del pasado, la que define lo que es la persona y la que permite orientarse a lo largo del tiempo, del pasado al futuro (Ricoeur, 2004, p. 3). La responsabilidad de hacer memoria no reside únicamente en recuperar hechos del pasado para reparar a quienes los vivieron, sino para definir el rumbo del futuro e identificar momentos de inflexión trascendentales para la sociedad. Hacer memoria de la violencia en las universidades es también hacer memoria de los cambios indeseados, de los seres, los entornos, las relaciones y los bienes amados que fueron arrebatados (CNMH, 2013, p. 25). La creación y permanencia en el tiempo de esta memoria permite a una sociedad o grupo tener conocimiento de sí mismos, de su historia, sus representaciones y su identidad; es un intento por mostrar que el pasado permanece, a pesar de que la historia sigue su rumbo:

La memoria es la facultad de recordar lo que hemos hecho o lo que otros han hecho. El lenguaje es el centro de la memoria y la verdad; es la herramienta con la cual es posible la reconstrucción de cada proceso de los recuerdos; por lo tanto, se comprende que todo lo que diga el lenguaje en sus múltiples formas es una etapa de un rompecabezas humano. La memoria tiene todo lo que somos, lo que fuimos, lo que seremos, de dónde venimos, para dónde vamos. La memoria es la conciencia de la historia, es reconocer la historia. Ese reconocimiento genera identidad, devela la misión. (Ricoeur, 2004, p. 8).

Según Ricoeur, «hacer memoria» no es solo un ejercicio de volver al pasado, sino también de leerlo desde el presente, porque es la persona de hoy la que trae a su mente recuerdos y reconstruye la verdad ya no desde cómo lo sintió antes sino como lo siente ahora. «La fuerza del derecho a juzgar proviene de la energía del presente “sólo tenéis derecho a interpretar el pasado en virtud de la fuerza suprema del presente”» (Ricoeur, 2004, p. 10). Conocer lo que pasó con la protesta y movilización estudiantil desde la década de 1960, permite

reconocer que esta agrupación no fue solo movilizadora de ideales y utopías, sino también un actor sobre el que recayó la violencia.

Pese a que la movilización y la protesta estudiantil sufren traumatismos cronológicos entre etapas de casi nula actividad social, logran resistir y encontrar en las oportunidades políticas el espacio para transformar su accionar, un accionar que está definido por una memoria que aún falta por ser elaborada. Los retos que la Universidad colombiana ha asumido en las últimas seis décadas representan un desafío investigativo y ético para los profesionales en ciencias sociales y humanas. Más que un espacio de formación, la universidad es un territorio de resistencia donde el espíritu rebelde trata de ser reprimido, pero siempre busca florecer. Contrario al postulado nadaísta de «para qué flores si no hay jardín», la orientación crítica de las universidades siempre ha sido mostrar que el jardín depende de la óptica del jardinero.

### **La Universidad como espacio sensible a la memoria**

La Universidad se ha configurado como un espacio histórico y crítico de las sociedades y ha estado vinculada con la demanda y la búsqueda del cambio, que en ocasiones este cambio ha sido tramitado desde la agencia de los movimientos sociales antisistémicos o movilizaciones sociales de carácter cívico (Acevedo, 2016). Desde esta mirada, los actores sociales que confluyen en la Universidad han sido objeto de la acción de grupos violentos, pues cualquier transformación que se dé allí podría impactar de manera directa y definitiva en la sociedad. Las universidades Industrial de Santander ubicada en Bucaramanga, Nacional en Bogotá y de Antioquia en la ciudad Medellín han tenido una tradición en su activa participación y espíritu contestatario, producto de las movilizaciones desarrolladas desde su fundación. La Universidad Industrial de Santander, por ejemplo, en 1964 tuvo un papel central con la manifestación que tuvo como objetivo llegar hasta Bogotá, en sincronía con la marcha de las autodefensas campesinas y con la del ELN (Acevedo, 2013).

La imagen que dejó la marcha de los estudiantes de la Universidad Industrial de Santander creó una representación social en la comunidad en general.

Muy pronto los estudiantes comienzan a ser relacionados con grupos guerrilleros como el ELN y el EPL. Esta ligereza al momento de clasificar tuvo consecuencias muy graves al interior del campus y fuera de él. Posteriormente, entre 1971 y 1972 la Universidad Industrial de Santander y también la de Antioquia fueron unas de las pocas universidades donde se implementó el cogobierno universitario. Este ejercicio de democratización de los espacios universitarios fue contrastado por la política de estado de sitio en forma casi que permanente y que posteriormente habilita un Estatuto de Seguridad en 1978 para combatir al enemigo interno de ideas revolucionarias o comunistas.

Es importante comprender que los espacios universitarios son susceptibles al poder ya que devienen de las relaciones sociales (Kahn, 2003). A partir de esta premisa es posible analizar la relación entre los dispositivos de desaparición con la espacialidad y cómo los detenidos modelan su propia temporalidad (Colombo, 2011, pp. 639-652). Ahora bien, resulta interesante la tesis de la autora respecto a la superposición, una categoría retomada de Lefebvre (1974, pp. 219-229), al entrever que los diferentes «usos dados a un mismo lugar durante su historia se acumulan en la materialidad del espacio y permiten comprender el modo en que dicha sedimentación de los usos convive con la irrupción de otros nuevos que emergen del mismo» (p. 223). Tales espacios luego pueden ser convertidos en espacios de memoria, esta categoría propuesta por Pierre Nora, establece que es por medio de la voluntad de personas o grupos que transforman un elemento simbólico en una comunidad.

Un lugar de memoria debe poseer un espacio de enunciación el cual trata de ser lo suficientemente claro para que, tanto quienes lo generan, como quienes lo visitan y quienes conviven, logren tener una representación similar. Ahora bien, la psicología social se interesa en el uso que dan a dichas representaciones. Los trabajos de observación de Fernández y Piper logran establecer que el dolor y el temor de las víctimas es el elemento central en la construcción de memoria (Piper, 2009). La mayoría de estos espacios y situaciones de memoria son desarrollados por colectivos, los cuales necesitan de la continua elaboración de estos *performances* para asegurar su existencia. Asimismo, los testimonios y relatos deben ser una fuente de transmisión de la memoria al

resto de la sociedad (Piper-Shafir, Fernández-Droguett e Iñiguez-Rueda, 2013, pp. 19-31). Según Nietzsche, la historia atañe al hombre histórico porque este es definido a partir de ella sin embargo, un exceso de historia y memoria haría víctima de un resentimiento perpetuo:

Sólo a través de la capacidad de utilizar el pasado para poder vivir, y de hacer de lo ocurrido historia, el hombre se convierte en hombre; pero, ante un exceso de historia, el hombre otra vez deja de serlo y, sin la coraza de lo ahistórico, nunca hubiera podido ni se hubiera atrevido a empezar. (Nietzsche, 2006, p. 125).

El conflicto colombiano deja una estela de desaparición, sufrimiento y dolor en los espacios donde ocurrieron hechos violentos. Entre los grupos sociales que sufrieron de esta violencia destacan los movimientos sociales, para este caso específico, el universitario. La represión viene de la mano de dispositivos de seguridad y control aunados en un esfuerzo continental por detener la «amenaza comunista». El resultado de esta lucha de poder se puede resumir en desolación, miedo y dolor. La Universidad colombiana es uno de dichos espacios en el que el paso de la guerra y la excepcionalidad del Estado, dejan decenas de personas desaparecidas, torturadas y muertas. Décadas después estas experiencias comienzan a ser relatadas y aparecen espacios dentro de las universidades para honrar la memoria de quienes sufrieron la represión y el hostigamiento.

El esfuerzo de grupos de memoria y colectivos de víctimas por honrarlos busca abrir espacios para mostrar la gravedad de una situación que puede repetirse en cualquier momento. Es por ello, que es necesario generar espacios de divulgación de la memoria, tales espacios deben despertar el interés de la comunidad académica, pero no caer en una revictimización. Los retos para los nuevos espacios de memoria y las víctimas deben dar paso a la interacción entre quienes buscan conocer del tema, indagar y generar nuevas apreciaciones sobre los hechos que ensombrecen el pasado.



## Conclusiones

La tradición teórica de la violencia plantea que existe una responsabilidad subjetiva de los colombianos en las implicaciones que tuvo el Estatuto de Seguridad de los años ochenta. De allí que, sea necesario el ejercicio de reflexión sobre el fenómeno de la violencia y del cómo hay una relación e implicación de los colombianos en el alargamiento mismo del conflicto armado.

En este sentido, es importante llamar la atención en que de nada sirve documentar la violencia si estos esfuerzos no se traducen en generar una reflexión sobre los efectos que produce, y las consecuencias que esta impasibilidad dejó en muchas generaciones. Como lo señala Estanislao Zuleta (2009):

Felicidad de la comunidad unida con el más entrañable de los vínculos, del individuo al fin disuelto en ella y liberado de su soledad, de su particularidad y de sus intereses; capaz de darlo todo, hasta su vida. Fiesta de poderse aprobar sin sombras y sin dudas frente al perverso enemigo, de creer tontamente tener la razón y de creer más tontamente que aún podemos dar testimonio de la verdad con nuestra sangre. Si esto no se tiene en cuenta, la mayor parte de las violencias parecen extravagantemente irracionales, porque todo el mundo conoce de antemano la desproporción existente entre el valor de lo que se persigue y el valor de lo que se está dispuesto a sacrificar. (Zuleta, 2009, p. 103).

Quienes ostentan el poder lo saben muy bien, por eso brindan esa noción de unidad, de ser la fuerza del orden contra el enemigo interno, aquel otro extraño que viene a traer caos y cambios, a la vez que instauran un temor por lo desconocido, por lo nuevo. Ese «otro» que es contrarrestado con la violencia privada. Para Zuleta (2009), la única forma de contrarrestar el uso del poder por parte de los poderosos es que los pobres accedan a la educación, pero no como un cliché, ya que el autor propone una serie de prácticas de una educación filosófica que afianza el escepticismo: «solo un pueblo escéptico sobre la fiesta de la guerra y maduro para el conflicto es un pueblo preparado para la paz» (p. 111). Esta es la particularidad más importante, pues es la única capaz



de hacer reducir los fanatismos tanto políticos, como religiosos y culturales que terminan siendo la raíz de las formas de violencia negativa.

Ahora bien, el papel de las universidades en Colombia, ejemplificado por instituciones como la Universidad Industrial de Santander, la Nacional en Bogotá y la de Antioquia en Medellín, ha sido fundamental en la configuración histórica y crítica de la sociedad. Estos espacios han sido testigos y protagonistas de movimientos sociales y demandas de cambio, a menudo enfrentándose a la violencia y la represión por parte de grupos externos. La Universidad se convierte en un terreno propicio para la construcción de memoria, especialmente en el contexto del conflicto colombiano, donde la desaparición, el sufrimiento y el dolor han dejado una huella profunda.

La relación entre la espacialidad universitaria, los dispositivos de desaparición y la construcción de memoria revela la complejidad de estos lugares, que no solo son espacios de conocimiento, sino también lugares de resistencia y lucha. La superposición de usos a lo largo de la historia, como lo propone Lefebvre, permite comprender cómo estos espacios se convierten en sitios de memoria, donde la comunidad busca transformar elementos simbólicos en expresiones colectivas.

La necesidad de generar espacios de divulgación de la memoria se destaca como crucial para evitar la revictimización y para mantener viva la conciencia sobre los hechos oscuros del pasado. El desafío radica en crear interacciones significativas entre aquellos que buscan conocer la historia, investigar y generar nuevas apreciaciones sobre los acontecimientos traumáticos. En este contexto, la Universidad no solo se presenta como un espacio de aprendizaje académico, sino como un lugar de reflexión crítica y construcción de memoria colectiva.

Al respecto, vale la pena señalar que la Universidad colombiana ha hecho grandes aportes para la sociedad: uno de ellos fue el desarrollo de la acción colectiva que propició la Séptima Papeleta, esta movilización no solo llevó a una reforma constitucional, sino que marcó un cambio en las lógicas de un *modus operandi* antisistémico a uno que alcanzó un mayor diálogo con la sociedad civil. Si bien continúan existiendo en la actualidad trazas de la utopía sesentera en la movilización y protesta estudiantil —pues socialmente ningún

proceso es homogéneo—, el cambio de una protesta reactiva a una más propositiva muestra un nivel de cambio en las acciones estudiantiles. Este tránsito no devino solo, con él sucedieron procesos complejos en los que la violencia no cesó y no ha cesado, y determinó la historia de la movilización y protesta estudiantil en Colombia. Hacer un ejercicio de memoria con esta colectividad, es una responsabilidad que tiene el Estado, la Universidad, la sociedad, y el estudiantado mismo. Reconocer la memoria como una necesidad para visualizar el futuro, es la oportunidad para crear lazos de reparación y perdón en la sociedad colombiana. Para construir una sociedad en paz hace falta madurar los sentimientos que deja el conflicto por medio de ejercicios de memoria histórica conscientes y respetuosos.

Finalmente, la Universidad en Colombia, especialmente a través del activismo estudiantil, ha sido un actor clave en medio del conflicto, enfrentando violencia y represión. Con la implementación del Acuerdo de Paz, la memoria histórica se vuelve crucial para comprender el papel de las juventudes universitarias en la construcción de una paz duradera. A pesar de los desafíos, la memoria emerge como una herramienta poderosa para reconstruir el pasado, enfrentar la violencia y definir el rumbo del futuro, destacando la importancia de entender la complejidad de la movilización estudiantil en Colombia a lo largo de las décadas.

## Referencias

### Bibliografía

- Acevedo, Á. (2013). *1968: el fin del comienzo: una época, una marcha, un joven rebelde*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander.
- \_\_\_\_\_ (2016). *Memorias de una época*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander.
- Acevedo, Á. y Correa, Andrés. (2015). La movilización estudiantil universitaria del año 2011 en Colombia: retrospectiva de un síntoma contestatario 2011-1971. *Educación y Desarrollo Social*, 9, pp. 40-55.
- \_\_\_\_\_ (2018). Un siglo del manifiesto liminar: acción política y rebeldía en la defensa de la universidad colombiana. *Revista Historia de la Educación Latinoamericana*, 20 (30), pp. 53-66.
- Archila, M. (2006). Los movimientos sociales y las paradojas de la democracia en Colombia. *Controversia*, 186, pp. 10-32.
- \_\_\_\_\_ (2012). El movimiento estudiantil en Colombia, una mirada histórica. *Revista del Observatorio Social de América Latina*, 31, pp. 71-103.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2013). *Basta ya*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Colombo, P. (2011). Espacio y desaparición: los campos de concentración en Argentina. *Isegoría*, 45, pp. 639-652.
- Errázuriz, J. (2009). Movimiento estudiantil y violencia. Los casos de Madrid (1968-1970) y Santiago de Chile (1984-1986). *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, pp. 1-18.
- Halbwachs, M. (1968). Memoria histórica y memoria colectiva. *Reis*, pp. 209-219.
- Kahn, M. (2003). *Radical Space: Building the House of the People*. New York: Cornell University Press.
- Le Goff, J. (1977). *El orden de la memoria*. Barcelona: Paidós.
- Lefebvre, H. (1974). The production of space. *Paper: Revista de Sociología*, 3, pp. 219-229.

- Medellín, I. (2016). *La gente del Sancocho Nacional: experiencias de la militancia barrial del M-19 en Bogotá, 1974-1990*. (Tesis de pregrado en Historia). Bogotá: Universidad del Rosario.
- Negri, A. (2006). *Fin del invierno*. Buenos Aires: Isla de la Luna.
- Nietzsche, F. (2006). *Segunda consideración intempestiva*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Pécaut, D. (2013). *La experiencia de la violencia: los desafíos del relato y la memoria*. Medellín: La Carreta.
- Piper, I. (2009). *Usos del espacio, identidades sociales y políticas del recuerdo: análisis psicosocial de lugares de memoria de los conflictos violentos de nuestro pasado reciente*. Santiago de Chile: FONDECYT.
- Piper-Shafir, I; Fernández-Droguett, R. e Íñiguez-Rueda, L. (2013). Psicología social de la memoria: espacios y políticas del recuerdo. *Psykhé*, 22 (2), pp. 19-31.
- Pomian, K. (2007). *Sobre la historia*. Madrid: Cátedra.
- Ricoeur, P. (1999). *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid y Arrecife.
- \_\_\_\_\_ (2004). *La memoria, la historia y el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Rieff, D. (2017). *Elogio al olvido*. Barcelona: Debate.
- Robles, J. (2014). El «baile rojo» de las universidades públicas. *Agencia Prensa Rural*. <https://prensarural.org/spip/spip.php?article14197>
- Tarrow, S. (2004). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza.
- Taylor, S. y Bodgan, R. (1987). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica S.A.
- Unesco. (1996). *Kierkegaard vivo*. Madrid: Alianza.
- Yeats, W. (1996). Easter. <https://www.poets.org/poetsorg/poem/easter-1916>
- Wallerstein, I. (2008). *Historia y dilemas de los movimientos antisistémicos*. Bogotá, D.C.: Ediciones Desde Abajo.
- Zuleta, E. (2009). *Colombia: violencia, democracia y derechos humanos*. Medellín: Hombre Nuevo.

## Hemerografía

- Bolaños, E. (03 de septiembre de 2016). El silencio del avión fantasma. *El Espectador*. <https://www.elespectador.com/colombia-20/paz-y-memoria/el-silencio-del-avion-fantasma-article/>
- Mosquera, C. (27 de febrero de 2001). Los efectos del Plan Colombia. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-602394>